MÚSICA EN LA MAÑANA

Laura Baeza*

La violinista salió corriendo de su casa para alcanzar el autobús y llegar veinte minutos antes al ensayo. Desde que se sentaba como asistente del concertino tenía responsabilidades adicionales: transcribir arcadas, ordenar las partituras que el concertino hubiese revuelto, hallar la distancia precisa entre las sillas y el atril. Además de que debía estudiar perfectamente los pasajes difíciles, porque no sabía cuándo le encargarían organizar un seccional. Comenzaba a fastidiarse. El chofer logró verla por el espejo retrovisor y se detuvo. La violinista se acomodó en uno de los primeros asientos, iba a revisar las digitaciones que escribió en sus partituras de estudio, pero decidió que no, no se ocuparía de la música durante los minutos del trayecto. El autobús se desvió de la ruta habitual por un choque más adelante: pasaron junto al cementerio en el que estaban los restos de su abuela. Se acordó de ella.

Siempre le resultó aberrante que los padres abandonaran a sus hijos, peor si ese acto de crueldad era con una mujer que padecía demencia senil. La violinista vivió sus primeros años en un pueblo cercano a la ciudad a pocos kilómetros de donde comenzaba la sierra. Ahí el frío de la madrugada durante diciembre no es amortiguado por ningún cobertor.

*Laura Baeza (1988, Campeche) es narradora, autora de los volúmenes de cuento *Ensayo de orquesta* (FETA, 2017, Premio Nacional de Cuento Breve Julio Torri 2017) y *Época de cerezos* (Paraíso Perdido, 2019, Premio Nacional de Narrativa Gerardo Cornejo 2017).

Aun así, cuando la vieja tenía pesadillas, levantaba a la niña y le pedía que bailara descalza mientras ella tocaba un violín rancio que alguien pasó a venderle, y se reía con un cacareo estridente y chillón que la violinista jamás olvidaría. Las cuerdas desafinadas crujían bajo el vaivén de un arco mal tensado, echando al aire notas carrasposas, en tanto la niña lloraba sin dejar de hacer los movimientos ilógicos que la vieja sugería.

—Yo toco mi violín y la nena baila así —repetía la vieja una y otra vez entre carcajadas.

Era natural que con semejante trauma la niña detestara la música, que odiara ese instrumento, pero sucedió lo contrario: años después, ya en la ciudad, se hizo aficionada al violín, trataba de sintonizar música clásica en la radio y prestaba atención a la música incidental de las películas. Hizo lo posible por entrar a clases con un profesional. En la orquesta trataba de ser la mejor, de estudiar más que el resto, de ser buena compañera de atril. Por eso la pusieron de principal de segundos y luego de asistente de concertino. Intentaba reivindicar lo que durante mucho tiempo la vieja se encargó de echar a perder.

El autobús avanzaba lento, un poco más cuando rodearon el cementerio. Hacía años, probablemente desde que encriptaron a la vieja, que ella no ponía un pie ahí. Se acordó de lo que había sucedido. Aquella vez, de madrugada, como era su costumbre, la levantó a bailar con el sonido chillón que ya la tenía harta.

—Yo toco mi violín y la nena baila así —cantaba una y otra vez, riendo, mostrando los pocos dientes que le quedaban—. Yo toco mi violín, yo toc...

La vieja dejó de cantar, tosió un par de veces, inhaló desesperada mientras la niña seguía bailando, hasta que oyó que el instrumento cayó al suelo, segundos antes que la vieja, quien se tocaba el pecho, inhalaba y suplicaba por las pastillas que estaban en la mesa de la cocina. La niña se quedó de pie, quieta, mirando el espectáculo. No movió un dedo.

Vio, y eso no lo va a olvidar nunca, su expresión desesperada, un temblor en la mano izquierda, el velo cenizo en las pupilas de la vieja. Observó el gesto que tenía cuando por fin estuvo inmóvil. La niña ya

no sentía el frío de la madrugada, pero así, descalza, se fue a meter de nuevo a la cama. Todavía podía dormir un par de horas. Antes de las siete del otro día salió del cuarto. El *rigor mortis* llegó después. La vieja, evidentemente, continuaba en el suelo junto al violín. La niña caminó hacia la cocina, vio las pastillas, pero fue directo al cereal para servirse un poco en un tazón, y encendió la tele de la sala. Aún tenía tiempo de ver un capítulo de su caricatura antes de irse a la escuela, que quedaba casi a la vuelta de la casa: *D'Artacán y los tres mosqueteros* estaba comenzando. El cereal le duró muy poco. Se había levantado con un hambre voraz.

Terminó de ver el capítulo. Siempre le daban risa las ocurrencias de los perros. Apagó la tele de inmediato para no caer en la tentación de ver la caricatura que seguía a *D'Artacán*. Se vistió en un par de minutos, se puso brillo labial de cereza que tenía guardado en la cajita de secretos debajo de su cama, que solo usaba cuando se le agrietaban los labios. Revisó que todo estuviese en la mochila. Quería irse quince minutos antes de las ocho para no encontrarse con la mujer que iba tres veces por semana a hacer la limpieza. Qué fastidio escucharla llorar y gritar una vez que pisara la sala. Qué fastidio estar ahí cuando los vecinos, igual de viejos, fuesen llegando de uno en uno o en montón. La niña no volteó a ver a sus espaldas cuando cerró la puerta principal.

El autobús terminó de rodear la cuadra y se enfiló por una avenida de seis carriles para cortar camino. Con suerte, y si nada más sucedía en el trayecto, la violinista llegaría quince minutos antes al teatro, y el concertino haría un drama porque la partitura no tendría escritas todas las arcadas. El chofer aceleró para tomar más velocidad. Después de un par de metros la nube de humo que salía del escape del autobús cubriría la barda del cementerio. La violinista no volteó a ver lo que quedaba atrás.

Se prohíbe su reproducción total o parcial por cualquier medio, incluido electrónico, sin permiso previo y por escrito de los editores.